

estaba entrancada y ahí estaba ella con los ojos hinchados de llorar el pañuelo escurriendo en gotitas de cristal. Él se cohibió y por entrar en confianza comenzó a contar de sus penas en el extranjero de la falta que le hizo ella para poder respirar con gusto, de cómo fue que perdió la beca.

Lo contó a su manera; era víctima de sistemas educativos inoperantes; se calló lo que había transado aquí cuando comenzó a destacar en la clase de inglés: Tenía un libro como el de la maestra, las lecciones traducidas en la página de enfrente; por eso sus tareas eran impecables; la maestra achacó su falta de verbalización a su carácter introvertido y lo empezó a ayudar con altas calificaciones e incluso en el momento de escoger entre cinco candidatos no tuvo empacho para preferir a Víctor, el alumno que la llamaba "su maestro inolvidable". Por supuesto que más de una vez dudó de si él tendría el éxito esperado, pero apoyaba su elección en que dentro de esa sociedad en que la comunicación es en inglés, todo hablante aprende necesariamente.

Catita parecía no escucharle; no le importaba lo que hubiera pasado allá sino lo que ella tuvo que pasar aquí. En ese momento ella odiaba a don Gabriel y en él a Víctor y a todos los hombres. Él continuaba: allá las maestras querían pura perfección cuanto trabajo presentaba que sus compañeros decían que estaba bien, ellas le ponían menos de ochenta que era el pase o menos de noventa que era el mínimo para la conservación de la beca. Él quería embromarlas como lo hacía aquí pero allá eran más duras; decían ensayo, analiza el ensayo, redacta un ensayo, critica este ensayo y palabra ensayo le cansó y lo llevó a la pérdida de la beca.

Fue entonces cuando Catita reaccionó y le preguntó: -Y, ¿Por qué no te veniste? Él le contestó con otra pregunta: -Y, ¿Mi orgullo? Todos sabían que volvería en tres años, qué hubieran dicho si regreso antes; no, pues me quedé y viví las de Caín; la hice de lavaventanas, lavacoches, lavatrastes y hasta de mesero, de esto me pude sostener gracias a las propinas. Pero tú de qué te quejas, yo te veo igual que siempre y ya ves, apenas ayer llegué y ya te vine a buscar.

Catita no quería decirle ahora la verdad que amenazaba con salirse del pecho y le dijo: -Mañana ve al tendajo, ahí nos vemos y te cuento todo. Otro día por la noche Catita se arregló lo mejor que pudo, se soltó el cabello, se puso su mejor vestido aquel que lució en la noche que Víctor se despidió; mas lo que no pudo arreglar fue el nudo que se le formó en la garganta desde que supo que él había regresado.

Cuando Víctor llegó al lugar de la cita se dirigió a la sinfonola y echó unas monedas eligiendo su canción. En seguida preguntó por Catita y ésta salió. Él le dijo: - Me lo cuentas bailando.

En la pequeña pista sólo estaban ellos y Catita en voz baja le dijo que ya no era la misa. Él protestó: -Cómo que no Catita, si podemos hacer de cuenta que el tiempo no pasó; oye nuestra canción y la comenzó a besar. De la sinfonola la misma voz sensual y susurrante de aquella noche lejana volvía a repetir: Bésame, Bésame mucho, que tengo miedo perderte, perderte después. La mujer quiso herirlo y le dijo: -Después de ti, ha habido otros -enfaticó otros para que más le doliera-; no escribías, no volvías y no te pude esperar. Él la

fue soltando poco a poco, se separó algunos metros y dejando billete en la mesa que ocupaban se encaminó a la puerta de entrada salida. Fue entonces cuando Catita, armándose de valor, le gritó sorna: -Si podemos hacer de cuenta que el tiempo no pasó. Él bajó la cabeza y se detuvo. Recordó en ese instante las aventurillas, filtros y romancillos que tuvo en el extranjero; en ninguno había empeñado su corazón porque ya tenía un nombre: Catita. Repentinamente dio media vuelta y le dijo: Así es. Así lo quiero. Si tú quieres casarnos pero si no, aún es tiempo de marcar nuestros caminos. En vez fue ella la que se acercó y lo besó en la boca con pasión incontenible, como si fuera esa noche la última vez.

Con los pies limpios

Tenía tres días de haber llegado a ese pueblo y ese mismo tiempo sin comer. Caminaba lentamente por la fatiga y la debilidad acumuladas. Su aspecto era de descuido y no era para menos; lo único que sabía hacer era lavar carros y desde que llegó la lluvia no paraba por lo cual nadie daba sus autos a lavar.

Además del hambre, el frío y la lluvia también mermaban sus fuerzas. Nunca había robado pero meditando en su situación, llegó a comprender que esa opción no sería tan imposible. Recordó algunos latrocinios publicados que le había tocado leer. Podría entrar en algún comercio y gritar: -¡Esto es un asalto! Empuñando una falsa pistola dentro del bolsillo de su pantalón; después de cometido el delito salir corriendo y... detuvo su pensamiento. El verbo correr no le satisfizo, no en sus condiciones, llevaría las de perder.

La lluvia comenzó a menguar y principió el movimiento de gente. Se sentó en una de las mojadas, por lo mismo desocupadas, bancas de la plazuela que rodeaba el atrio de la iglesia. Era Jueves Santo y los fieles esperaban la hora de la misa. Sonó el aviso de la primera llamada. Las campanas se oyeron tristes, melancólicas y lentas, significaban el augurio de la muerte del Señor en Viernes Santo.

Andrés las sintió más dolorosas, el gruñir de tripas sirvió de acompañamiento a esos delicados sonidos y casi estuvo a tiempo de absorberlos. Determinó que su situación era insostenible por más tiempo y levantándose, caminó hacia el lado oriente de la plaza. Justo a una cuadra y al voltear se encontraba una tiendita que él ya había observado.

Camino sigilosamente; no desconocía los riesgos que correría al cometer un atraco; mas empezó a sentir rencor por los que pasaban en auto o por los que transitaban por la acera revestidos de comodidad y placer que causa llevar limpias y caras prendas y estómago bien saciado.

Refunfuñando dio la vuelta a la esquina y metió su diestro bolsillo; la resolución había sido tomada. Pese a la humedad y al viento que comenzó a soplar, su rostro mostraba gruesas gotas de sudor que él no se preocupó en secar.

Parado en el dintel de la puerta dio una ojeada tanto al interior de la tienda como al exterior; suspiró aliviado, la calle estaba vacía; en la tienda sólo estaba el comerciante quien leía el periódico. En esa ocasión hace al ladrón, se dijo para tranquilizarse y entró decidido que violento. Ya frente al lector le espetó: -Deme lo que tenga o aquí se muere. El comerciante lo miró con estupor; aventó el periódico sobre el mostrador y abrió el cajón donde guardaba el dinero fue un solo acto. Nervioso entregó la venta del día, Andrés guardó bruscamente en uno de sus bolsillos y salió corriendo como si lo persiguiera el diablo.

Pasado el susto, el comerciante salió a la esquina y sopló el silbato que guardaba para emergencias como la que acababa de pasar. A una cuadra más atrás venía la unidad policíaca que hacía rondas por ese rumbo; el comerciante esperó a sus ocupantes para que lo auxiliaran. Él les dio santo y seña del malhechor y les dijo que huyó hacia la iglesia. Los patrulleros se dirigieron allá y después de buscar al sospechoso por los alrededores de la iglesia, optaron por no entrar a ésta.

El lugar estaba abarrotado. La gente -después de una lenta procesión- aguardaba el lavatorio de pies de los modernos apóstoles que ya estaban sentados en los lugares predispuestos. Todos vestían atuendos sencillos y lucían un rostro sereno y limpio, todos con excepción de uno: el primero de la fila izquierda; ése lucía una profunda tristeza y una palidez de muerto. Sus labios temblaban como si musitaran una oración.

El sacerdote inició la ceremonia anual con toda devoción y respeto; su ayudante corría la tinaja a medida que el ministro de Dios avanzaba en su humilde tarea. No levantaba la vista, sólo cuidaba de realizar el lavado con esmero y lentitud. Al llegar al primero de la fila izquierda notó el temblor del fingido apóstol y lavó sus pies con mayor cuidado. Los patrulleros habían recorrido el templo sin encontrar a nadie con las señas dadas por el comerciante. Uno de ellos recorrió con la vista la fila derecha de los hombres sentados paralelamente junto al altar y cuando se disponía a recorrer la fila izquierda casi convencido de que allí no podría encontrarse el ladronzuelo- lanzó un grito a su compañero, grito que fue escuchado por muchos de los asistentes: -Allí está, rápido Tomás.

El sacerdote apenas se dio cuenta de lo que pasaba, concentrado en su labor no notó cuando Andrés se levantó y corrió hacia la salida del templo. El compañero de Tomás corrió detrás del que huía al mismo tiempo que iba sacando su pistola para quitarle el seguro. Afuera, temiendo que se le escapara, le gritó: - Párate o disparo. Andrés no hizo caso a la amenaza y el patrullero -quizá por falta de experiencia o por prepotencia- disparó.

El cuerpo de Andrés se desplomó justo en la puerta de acceso al atrio, la bala entró en el pulmón y salió por la tetilla izquierda. Fue una muerte tan instantánea como inexplicable.

Tomás llegó unos segundos después y preguntó a su compañero: -¿Qué has hecho? No obtuvo respuesta pero por su mirada perdida del policía comprendió que éste ya se había dado cuenta de su error. La gente que escuchó el disparo salió con prisa y temor, quería enterarse de lo que pasaba y de primera mano.

Andrés parecía dormido. De no ser por el hilillo de sangre que brotaba de su pecho y se extendía por su brazo izquierdo, nadie diría que era un muerto. Alguien gritó: -Hay que llamar a la policía. Otro dijo: -Si ya está aquí. Uno de ellos es el asesino.

El cuerpo de Andrés yacía inmutable; sus pies habían perdido el calzado en la carrera; eran los de un hombre no agraciado, hambriento, falto de moral por un momento, que se encontró desafortunadamente, con otro parecido. Ahora ya no padecerá hambre y aunque se fue con las manos sucias, nadie podrá negar que abandonó este mundo con los pies limpios.

Peregrina

Caminas triste y lentamente, pareces zombie. Ni siquiera fuiste al estacionamiento a recoger tu auto; sólo sabes que a partir de lo que te dijo el médico comenzaste a sentir un sofocamiento extraordinario que por hoy te ha tomado de compañera. Los segundos que te llevó bajar por el ascensor te parecieron siglos; veías que todo se movía a tu alrededor y tú misma sentías la necesidad de moverte para sentirte viva.

La calle está concurrida. Ignoras si vas al norte o en otro sentido. Te dices: -Es igual. Alguien que pasa junto a ti te da un golpe con su bolso; oyes un ¡Disculpe! pero no lo escuchas. Vas embobada- lo malo es que no se debe a que hayas encontrado la felicidad, sino todo lo contrario.

Es una cuadra larga, interminable; como autómatas avanzas cabizbaja, sin rumbo ni brújula. Ahora eres tú quien ha pegado a otro, no te molestas en disculparte, no en este momento en que es la vida la que debe disculparse contigo.

Apenas tengo veinticuatro años, repites en todos los tonos aunque sólo en tus oídos se registren. Te niegas a decir adiós a los hermanos, a las amigas, a las flores, a la música, a la pintura, a las nubes, al cielo y al mar. El no es justo, yace agazapado en el subconsciente, aún no se atreve a salir.

Cruzas la primera avenida en medio de otros que te llevan, te empujan; ignoras si tienen conciencia de su empuje, de su influencia.

Calculas cómo van a quedar tus soñados proyectos; buscas la palabra idónea, batallas, tu agitación se ha duplicado. Sabes que el calificativo comienza con t pero no lo hallas en tu vocabulario ni siquiera en el de reserva. Para no fastidiarte más te dices: -Nada, pero que en eso van a quedar, en proyectos. Mas tu subconsciente traiciona y elige por ti la palabra: Truncados. Como eco te la repites varias veces. Te duele, no sólo la vida está contra ti, sino también el mundo, este mundo que te ha enseñado todos los sustantivos y todos los adjetivos con los que podrías vencer a muchos pero no a todos, a ti misma pero no siempre.

Alguien te pide ayuda, ni siquiera lo ves; cómo se atreve a pedirte a ti. Hoy, cómo hoy, que recibes una noticia que te hace detener tus proyectos para revestirlos de utopías. Recuerdas la escena bíblica donde una mujer por voltear a ver la ciudad pecadora y llamar fue convertida en estatua de sal. Sí eso eres ahora, una estatua viviente por ocho semanas.

Cruzas otra avenida. Piensas en la navidad que ya no te toca vivir, en el bazar navideño que ya no visitarás, en la cena que ya no prepararás, en el vestido que no estrenarás, en el viaje que queda en suspenso como ahora te sientes. Sí, es como si te hubiese dicho: Queda usted suspendida. Así has quedado: interrumpida, pausada, engarrotada, estatualizada, empedrada, encadenada, truncada. Cómo te duele esto último.

¡El Año Nuevo en Europa! Qué anuncio. Ésta no sufrirá porque tú abandones este mundo sin conocerla, como tampoco Sudamérica ni África. Así que, así son las cosas- te dices con sarcasmo. Prepara esto, prepara lo otro, inicia aquello, principia estotro, para después: cataplúm, tu plazo llegó al término. El dolor

de cabeza se volvió más agudo; quieres cerrar los ojos pero eso te provoca mareo y puedes caerte, además no deseas detenerte, intuyes que mientras camines todo estará bien.

Cruzas otra avenida. Ni siquiera notas que hay menos movimiento de gente y de tráfico. Las palabras del médico que sirvieron de respuesta a tu pregunta: -¿Cuánto me queda? fueron muy claras: -Ocho semanas. Te preguntas que son ocho semanas, dos meses o sesenta días. No, no sirven para lo que tienes pendiente. Unas indiscretas gotas transparentes salen de tus ojos, las secas con la punta del chaleco, te niegas a sacar un desechable de tu bolso.

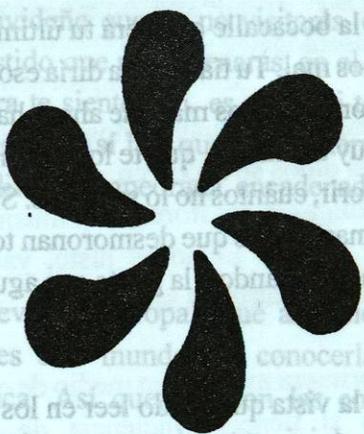
Una pequeñita luz se infiltró en tu cerebro y encendió la esperanza. Si el médico se hubiese equivocado y en lugar de ocho semanas pudieran ser ocho meses. Y, si las radiografías fuesen de otro paciente y no tuyas, se han dado casos. Claro que desconoces las estadísticas, pero es que un ahogado le da a todo.

Llegas a la bocacalle que será tu última avenida. Estás en la etapa de los menos mal. Tu tía Rufina diría eso con muy buena fe. Ya la oyes desde ahora: -Menos mal que ahora hay tratamientos, que la medicina está muy avanzada, que te lo dijeron a tiempo, que sabes de lo que vas a morir, cuántos no lo sabemos. Sientes las punzadas en la cabeza como martillazos que desmoronan todo tu cerebro. Por un instante te detienes imitando a la gente que aguarda la luz roja de los automovilistas.

Levantas la vista queriendo leer en los rostros ajenos lo que esconden debajo de sus líneas, mas la bajas en seguida, en esto siempre fuiste analfabeta. De pronto los demás atraviesan y en su

Marcha te arrastran; te sientes bien, tu instinto gregario se complace. Sin saber por qué dejas de apretar el paso; quizás por cansancio, no lo sabes. Los demás avanzan a la banqueta mientras tú te has quedado a mitad del crucero.

Alguien grita: -¡Cuidado! Grito que fue todo inútil. Tú lo oíste pero no lo escuchaste. Tu pensamiento como serpiente venenosa levantaba su testa para ensartar su ponzoña y sientes un suave viento que te levanta y luego te deja caer en un pavimento que para ti ya no es frío ni caliente. El médico te dijo ocho semanas de vida y Dios te concedió sólo ocho minutos para evitarte los sufrimientos y la humillación de los tratamientos hospitalarios. Descansa en paz, peregrina. Ni siquiera tuviste tiempo para que aflorara la pregunta de rigor: -¿Por qué a mí?



POEMAS Y NARRACIONES III

1998

